

Nadie sabía lo que debía temer de aquel extraño tribunal. Traído del otro lado del agua negra (como los Indios llamaban el mar) se componía de jueces que no hablaban la lengua del país, que no conocían los usos y costumbres de los millones de hombres sobre quienes iban á ejercer ilimitada autoridad. Sus archivos estaban escritos en caracteres desconocidos; las sentencias se pronunciaban en un idioma ininteligible. Habíase rodeado de un ejército formado de la hez de los indígenas, de delatores, testigos falsos, trapaceros, procuradores, y principalmente de esbirros que no respetaban nada, ni aun las inviolables habitaciones de las mujeres. Una invasión de Maratas no había causado nunca tanto espanto como esta de los legistas ingleses. Las injusticias de los antiguos opresores asiáticos y europeos parecían beneficios comparadas con la justicia del tribunal supremo. En vano todas las clases protestaron contra tan horrible opresión; los jueces permanecieron inflexibles. Sesenta años, y la virtud y la prudencia de los eminentes magistrados que se sucedieron en tan largo período, no lograron borrar de la mente de los Bengaleses aquellos fatales días.

Respecto de la enunciada cuestión, los individuos del consejo estaban conformes. Hastings había obsequiado á los jueces, y los había hallado útiles instrumentos; pero no quería que llegasen á ser los amos ni de la India. Dotado de entendimiento vasto y elevado, conociendo mejor que nadie el carácter de los indígenas, vió que el sistema del tribunal supremo era el deshonor del gobierno y la ruina del pueblo, y decidió combatirlo. Así los lazos que le unían á Impey se aflojaron por algún tiempo; el gobierno se colocó entre la nación y el inicuo tribunal que la oprimía. Entonces el juez superior se excedió. El gobernador general y los individuos del consejo recibieron orden de comparecer ante los jueces del rey para dar cuenta de sus actos públicos. Hastings irritado, en vez de obedecer, mandó poner en libertad á las personas injustamente presas por el tribunal, y se dispuso á usar, si era preciso, hasta de la fuerza contra las insolentes tentativas de los esbirros del jerife. Meditaba, sin embargo, la manera de evitar el acudir á las armas. Sabía que Impey continuaba siendo venal y le compró. El parlamento había nombrado á Impey juez independiente del gobierno de Bengala, con el sueldo anual de 8,000 libras esterlinas: Hastings le propuso ser juez de la Compañía, removible á beneplácito del gobierno de Bengala, ofreciéndole 16,000 libras en lugar de 8,000, con tal que renunciase á las ambiciosas pretensiones del tribunal. Celebróse el contrato, Bengala se salvó, no hubo guerra civil, y el gran juez quedó rico y tranquilo, pero sin honra. Otros han reprobado severamente en esta parte al gobernador general, no yo. Es, en verdad, deplorable el partido á que le redujo la necesidad; pero ¿tenía él la culpa? ¿En

vez de comprar un juez venal, permanecería impassible espectador de todas las atrocidades cometidas á su vista, ó acudiría á la guerra civil para detenerlas? ¿Cuando un misionero paga á un corsario el rescate de sus prisiones, inducido de los deberes de hombre y de cristiano, no sería absurdo acusarle de haber corrompido la virtud del pirata?

Francis se opuso á este contrato, por aversión personal á Impey, posponiendo sin vacilar el interés general y prefiriendo entregar á Bengala en manos de sus opresores á libertarla enriqueciéndolos. Tenía, además, otros motivos de oponerse á los designios del gobernador. La paz que se habían obligado recíprocamente á mantener duró solo algunos meses, y en esta breve tregua creció su odio recíproco y estalló al fin. Hastings acusó públicamente á Francis de haberle engañado. « No me fio (dijo ante el consejo) de la palabra de Francis, porque es capaz de violarla. Juzgo de su conducta pública por la privada, que he encontrado sin honor y desleal. » Levantada la sesión, Francis desafió al gobernador general, que aceptó el reto. Los dos campeones tiraron al mismo tiempo, y la bala de Hastings pasó á Francis de parte á parte; pero el golpe, aunque gravísimo, no fué mortal. Hastings se informó muchas veces de la herida de su enemigo y aun manifestó deseos de ir á visitarle; pero Francis se negó á recibirle, no debiendo volver á verse sino en la sala del consejo.

Poco después se conoció el horrible peligro á que había expuesto el gobernador general el país, exponiéndose á sí mismo, pues si Hastings no hubiese estado al frente de los negocios en los años de 1780 y 81, hubieran sido tan funestos á las posesiones inglesas de Asia como fueron á las de América.

Los Maratas excitaban principalmente los temores del gobernador general. Sus disposiciones para abatir el poder de aquellos se frustraron al principio, como ya se ha visto, por los errores de los capitanes del ejército y de las autoridades de Bombay; pero su perseverancia y habilidad iban al fin á triunfar, cuando un peligro más formidable vino á amenazarle en país lejano.

Treinta años ántes, un soldado musulmán había empezado á señalarse en las guerras de la India Meridional. De educación descuidada y origen oscuro, probó, apenas se puso al frente de un cuerpo de tropas, que había nacido para vencer y mandar. Entre los muchos jefes que se disputaban los trozos de la India, ninguno le igualaba como capitán y como hombre de Estado. Llegó á ser general, luego príncipe: de los fragmentos de los antiguos principados formó un imperio grande, compacto, poderoso, y lo gobernó con la habilidad, con el rigor, con la vigilancia de Luis XI. Licencioso en los placeres, implacable en los odios, comprendía sin embargo que la prosperidad de los súbditos da más fuerza al gobierno. Fué tirano; pero

tuvo el mérito de proteger á sus súbditos contra toda otra opresión. Avanzado ya en años, conservaba la mente lúcida y los sentimientos elevados como en el vigor de su edad. Tal era el grande Hyder Ali, fundador del reino musulmán de Misur, uno de los más terribles enemigos que encontraron los Ingleses en la India. Si Hastings hubiese sido gobernador de Madras, hubiera asegurado la neutralidad del soberano del Misur ó emprendido con él una lucha desesperada. Desgraciadamente las autoridades inglesas de aquella parte de la India provocaron á su poderoso vecino ántes de poseer los medios de resistirle. Inmediatamente (1780) un ejército de noventa mil hombres, muy superior por su valor y disciplina á las demás tropas del país, bajó de lo alto de aquellos collados y de los espesos valles que, regados por torrentes y cubiertos de pantanos, descienden de la planicie del Misur hasta las llanuras del Carnático. Este grande ejército tenía cien cañones y le mandaban oficiales franceses, educados en las mejores escuelas militares de Europa.

La victoria sigue los pasos de Hyder. Al acercarse él, los cipayos de muchas guarniciones inglesas toman las armas; casi todas las fortalezas se le entregan, ó por traición ó por miedo. En pocos días el país situado al Norte del Colerun es suyo. Los Ingleses residentes en Madras podían ver de noche, al Oriente de la cumbre del monte de Santo Tomas, el reflejo del incendio que devastaba un inmenso país. Sus blancas quintas, rodeadas de tulipíferos, donde por las noches iban á respirar el ambiente marino, yacían abandonadas, pues los terribles jinetes de Misur se adelantaban, llevando las devastaciones y saqueos hasta las puertas de la ciudad. Ni la misma ciudad estaba segura; y los mercaderes y empleados públicos se apresuraban á ponerse en salvo, detrás de los cañones del fuerte de San Jorge.

Las tropas inglesas reunidas á la sazón en aquella parte de la India podían bastar sin duda á defender la presidencia y rechazar al enemigo á las montañas. Sir Héctor Monro mandaba fuerzas considerables; Baillie avanzaba al frente de otro importante cuerpo. Unidos hubieran podido ser formidables hasta para un enemigo como Hyder; pero desgraciadamente dilataron su unión, y atacados uno después de otro, su derrota fué completa. Tres semanas después de rotas las hostilidades, el imperio británico de la India Meridional parecía amenazado de los más graves peligros. Quedaban pocas fortalezas. La fortuna parecía abandonar las armas inglesas, y se esperaba dentro de poco tiempo una grande expedición francesa en la costa de Coromandel. Inglaterra, circuida y estrechada donde quiera por enemigos, no podía pensar en proteger tan remotas comarcas.

Entonces el genio fecundo y el valor tranquilo de Hastings alcanzaron el mayor triunfo. Un barquichuelo, impelido por el monzón del Sudoeste, llevó en pocos días á Calcuta tan in-

faustas nuevas. Veinticuatro horas después ya el gobernador había concebido y fijado su plan de campaña. La lucha con Hyder era de vida ó muerte; los demás intereses carecían de importancia, al lado de la conservación del Carnático. Posponiendo, pues, todo á esto, hizo la paz con los Maratas y envió inmediatamente á Madras tropas y dinero. Pero estas disposiciones, por oportunas que fuesen, eran insuficientes si el mando del ejército no se confiaba á un general más hábil. El tiempo urgía: Hastings, sin pararse en miramientos, depuso al inepto gobernador del fuerte de San Jorge, y envió á sir Eyre Coote contra Hyder, con la plena administración de la guerra. Á pesar de la inesperada oposición de Francis, que había vuelto á ocupar su puesto en el consejo, este aprobó la política sabia y vigorosa del gobernador general. Los refuerzos llegaron á tiempo. Coote, gastado por la edad y las enfermedades, no era el Coote de Wandewasle, pero era todavía un general hábil y valiente. Hyder se vió de improviso detenido en medio de su triunfal carrera, y á los pocos meses la importante victoria de Puerto Nuevo restituyó el perdido honor á las armas británicas.

En este intermedio Francis volvió á Inglaterra, y Hastings desde entonces no tuvo ya que temer oposición alguna por parte de sus colegas. El buen éxito de la última guerra aumentó su gloria y su influjo. Parecía deber gozar ya en paz aquella autoridad tan disputada, y con tanto trabajo adquirida; pero nuevos obstáculos turbaron de repente su reposo. El tesoro estaba otra vez exhausto, y era preciso, sin embargo, subvenir á todos los gastos del gobierno de Bengala, sostener en el Carnático una guerra costosísima contra indígenas y Europeos, y enviar sumas enormes á Inglaterra. En circunstancias análogas había sabido reunir dinero, saqueando el Mogol y vendiendo á los Rohilla; los recursos de su entendimiento no se habían agotado aun.

Al principio puso los ojos en Benares, ciudad contada entre las más ilustres del Asia por sus riquezas, población, fama y santidad. Se decía que medio millón de habitantes circulaba en aquel laberinto de calles estrechas, con sus altas casas adornadas de minaretes y de balcones esculpidos, por donde los sagrados genios trepaban á centenares. El viajero podía con dificultad abrirse paso al través de la multitud de devotos, de mendigos y de bueyes no menos sagrados. Las anchas escaleras estaban todo el día pisadas por un vasto enjambre de seres humanos que bajan á bañarse á orillas del Ganges. Todos los meses, millares de Indios iban á morir allí, persuadidos de que un feliz destino esperaba después de la muerte á aquellos que pasasen de la santa ciudad al río santo.

Los extranjeros frecuentaban la gran metrópoli por motivos ajenos á la superstición. Surcaban las aguas del venerable río flotas car-

rocas de Chunar, que domina las aguas del Ganges. Al principio pareció imposible que se entendiesen. Hastings reclamaba nuevos tributos; Asaf-al-Dulah pedía la condonación de las antiguas deudas; y ninguno de los dos quería renunciar á sus pretensiones. Se arreglaron, sin embargo, habiendo encontrado un medio de restaurar al propio tiempo las rentas de Uda y de Bengala; medio sencillísimo, que consistía en despojar á un tercero, y este tercero era la madre de uno de los ladrones.

La madre del último nabab, y su viuda, madre del nabab reinante, llevaban el título de *begum* ó princesas de Uda. Habían ejercido grande influjo en el ánimo de Sudya Dulah, que les legó al morir sus inmensas rentas, y su tesoro estimado en 3.000.000. Continuaron habitando su palacio favorito de Fyzabad, mientras que Asaf-al-Dulah tenía su corte en Lucknow, ciudad fabricada por él á orillas del Gumti, y adornada de mezquitas y colegios.

Asaf-al-Dulah había sacado ya otras veces considerables sumas á su madre. Asustada por sus amenazas, la *begum* invocó el auxilio del gobierno inglés, que se apresuró á interponerse. Un tratado solemne puso fin á aquella disputa de familia; la madre se obligó á pagar anualmente una determinada suma á su hijo, y este, por su parte, ofreció no atacar los derechos de su madre; el gobierno de Bengala salió fiador de la ejecución del tratado. Pero ahora los tiempos eran otros. El gobernador, deseoso de dinero, olvidó su promesa, olvidó las ordinarias leyes de la humanidad y la justicia, y hasta la gran ley del amor filial, que aun entre los pueblos mas salvajes conserva cierta autoridad. La insurrección de Benares había causado algunos disturbios en el país de Uda: se atribuyó la culpa á las princesas, y aunque no existían pruebas, Hastings y Asaf-al-Dulah declararon confiscados en provecho de la Compañía todos los bienes muebles é inmuebles de las *begum*, y el gobernador aceptó el producto de aquel vergonzoso latrocinio, en compensación de las sumas que le debía el nabab-visir. Posteriormente Asaf-al-Dulah, afectado por las lágrimas de su madre y de su abuela, trató de enmendar lo hecho; pero Hastings fué inexorable. El nabab-visir ejecutó el tratado, protestando solemnemente que cedía solamente á la fuerza. Los bienes muebles fueron ocupados sin dificultad; mas para obtener el tesoro, hubo que usar de la violencia. Un piquete de soldados de la Compañía marchó á Fyzabad, y derribó las puertas del palacio. Las princesas, encerradas en su cuarto, rehusaban aun someterse, y es imposible recordar sin dolor y vergüenza los medios que se emplearon para obligarlas á entregar aquellos últimos restos de sus riquezas. Había en Fyzabad dos eunucos, en quienes las *begum* tenían toda su confianza, y que por lo tanto debían saber dónde estaba oculto el tesoro. Se prende á estos dos infelices viejos, se les conduce á Lucknow, se les carga

de cadenas, se les niega el necesario alimento, y ya próximos á la muerte, se les lleva á respirar un poco de aire al jardín de su prision y allí los verdugos los aplican el tormento. Mientras se cometían estas atrocidades en Lucknow, no se pierde de vista á las princesas en su palacio de Fyzabad; los víveres les llegan tan escasos que se ven expuestas á morir de hambre. Habiendo sacado á las prisioneras con este trato, durante muchos meses, 1.200.000 libras esterlinas, Hastings empezó á creer exhausto realmente su tesoro é inútiles los rigores; por tanto los dos eunucos presos en Lucknow fueron puestos en libertad. Cuando se les quitaron las cadenas y se abrió la puerta de la cárcel, sus pálidos labios, las lágrimas que regaban sus descarnadas mejillas y las gracias que daban al Padre comun de los Cristianos y los musulmanes conmovieron hasta á los endurecidos soldados, testigos de aquel espectáculo.

No nos olvidemos de hacer á sir Elías Impey la justicia que merece. Apenas supo lo que sucedía, corrió á Lucknow. Varias personas le entregaron declaraciones juradas contra las *begum*, que él no leyó porque las mas estaban en persa y en indostánico, y no tenía intérprete. Se limitó á disponer que los acusadores prestasen juramento, sin dirigirles una sola pregunta, ni aun la de si conocían en realidad los hechos que afirmaban. En seguida se volvió apresuradamente á Calcuta. Segun su propia confesión, no tenía derecho de juzgar á las *begum* ni pretendió tampoco juzgarlas; emprendió aquel largo viaje solo para sancionar irregularmente, pues regularmente era imposible, los delitos de aquellos que poco ántes habían comprado sus servicios; y para que la masa confusa de declaraciones, cuyo valor no examinó ni siquiera leyó, adquiriese con la simple firma del juez superior de la India, la legalidad que le faltaba.

Acercábase el día en que Impey debía ser despojado de la toga que ningun juez inglés había deslustrado con tantas y tan vergonzosas manchas. Hacía algun tiempo que el parlamento se ocupaba seriamente en examinar el estado de la India. Al concluirse la guerra de América, dos comisiones nombradas por la cámara de los Comunes recibieron el encargo de inspeccionar todos los asuntos concernientes á aquella parte del imperio. Presidia una de ellas Edmundo Burke, y la otra Enrique Dundas. A pesar de las revoluciones de los últimos sesenta años, las relaciones hechas por estos comisionados á la cámara contienen muchas noticias curiosas aun hoy é instructivas. No existía entonces ningun vínculo político entre la Compañía y los dos partidos que se disputaban el poder; por lo que no asistía á los ministros ninguna razon para defender los abusos cometidos en la India. Las relaciones de los dos comisionados produjeron profunda impresion. Despues de una viva discusión (1784) la cámara, á propuesta de Dundas, decidió que la Com-

pañía debía destituir á un gobernador general que tan indignamente había tratado á los Indios y deshonrado el nombre británico. Otra decision de aquel tiempo limitó la jurisdicción del tribunal supremo: fué reprobado enérgica y severamente el contrato del juez superior con Hastings; finalmente, se presentó una petición al rey para que mandase que Impey volviese inmediatamente á Inglaterra á dar cuenta de su conducta.

El secretario de Estado hizo volver á Impey; pero los propietarios de la India se negaron á destituir á Hastings, declarando que la ley les concedía el derecho de nombrar ó destituir al gobernador general, y que no estaban obligados á obedecer las órdenes de un solo ramo de la legislatura respecto á tal nombramiento ó destitucion.

Hastings, sostenido así por la Compañía, permaneció al frente del gobierno de Bengala hasta la primavera de 1785. Su administracion, tan tempestuosa y llena de acontecimientos, concluyó en una calma casi perfecta. Los individuos del consejo no se oponían ya á su voluntad. La India gozaba de una paz universal. La guerra de los Maratas había cesado; Hyder Ali había muerto; se había celebrado un convenio con su hijo Tipu y desembarazado al Carnático de las armas de Misur. Desde la conclusion de la guerra de América, Inglaterra no tenía ya enemigos ni rivales en los mares del Asia.

Cuando en febrero de 1785 se embarcó Hastings en Calcuta con direccion á Inglaterra, una muchedumbre inmensa llenaba ambos lados del camino desde el palacio del gobierno hasta el muelle del Hugli. Su nave bajó por el rio acompañada de una flotilla, sus mas queridos amigos no se despidieron de él hasta que las costas de Bengala se perdieron de vista, y cuando el práctico se disponía á abandonar el buque. Alejábase Hastings, si no sin conmocion, á lo ménos sin dolor de aquel país, donde había sido soberano diez y seis años. Satisfecha su ambicion y cumplida su mision, había renunciado voluntariamente á la autoridad, sin que los ruegos de los Europeos y de los Asiáticos le hiciesen desistir de su propósito. Sentía la necesidad de respirar otra vez los aires nativos; iba á volver á ver y á comprar aquel Daylesford, donde quería concluir sus dias; iba á reunirse con su mujer que tanto amaba y que poco ántes por el mal estado de su salud había tenido que marchar á Inglaterra. La nave hiende rápidamente las holas del Océano viento en popa; pero por feliz que sea la travesía tiene que ser larga hasta Plymouth. Dejemos, pues, al ilustre viajero distraerse del fastidio del viaje traduciendo en versos ingleses algunas odas de Horacio, y mientras dobla el Cabo, echemos una ojeada á los principales resultados de su administracion.

Hastings había hecho importantes servicios á la patria. Inglaterra había atrevesado una crisis peligrosa, conservando á pesar de todo su puesto

entre las naciones europeas, y probando con su resistencia á sus enemigos cuán grandes eran su valor y su fuerza. No obstante esto, el país gobernado por Hastings fué la única parte del mundo en que ganó en el terrible juego de la guerra. Reconoció la independencia de trece colonias de hijos suyos; para calmar su justa efervescencia, concedió á los Irlandeses el derecho de darse leyes; en el Mediterráneo, en el Golfo de Méjico, en la costa de África, en el continente americano tuvo que ceder los frutos de sus pasadas victorias, dejando que España se enseñorease de nuevo de Menorca y de la Florida; y Francia del Senegal, de Gorea y de varias islas de las Indias Occidentales. Al contrario en Asia, á pesar de los esfuerzos reunidos de los Europeos y de los indigenas, el poder de Inglaterra se aumentó, extendiéndose su influencia y ensanchándose sus posesiones. Glorioso resultado, debido á la capacidad y á la firmeza de Warren Hastings.

Por muchas y deshonrosas que sean las manchas que la deslustran, su administracion interior bastaría para colocar á Hastings entre los hombres mas eminentes de su país. Quitó el doble gobierno; puso en mano de los Ingleses la direccion de los negocios públicos, y llegó á establecer cierto orden en medio de la mas espantosa anarquía. Administracion, justicia, hacienda, ejército, todo fué creado y organizado por él. Esa máquina tan vasta y complicada que se llama gobierno, la construyó él desde los cimientos sin auxilio de nadie. No está completa; pero existe, sirve y el porvenir la perfeccionará. Nadie enseñó á Hastings la ciencia política. ¿Dónde recibió su segunda educacion? En una casa de banco. ¿Cómo pasó su juventud? En hacer cuentas y operaciones de comercio. No solo carece de la instruccion necesaria, sino que debe enseñar á los demas lo que él mismo ignora. Un ministro europeo cuando ocupa su destino se ve rodeado de una multitud de empleados de categorías diversas, depositarios de las tradiciones del gobierno. Hastings no tiene quien le aconseje, quien le guie, quien lo conforte. Despues de educarse á sí mismo, debe educar á los instrumentos que necesita en todas las partes de la administracion. Sus únicos auxiliares fueron la inteligencia y la voluntad.

Mientras él tiende directamente á su objeto, los directores de la Campaña le suscitan siempre nuevos obstáculos, á cada paso le detiene la mayoría de sus colegas; pero todo es en vano. Ataque ó defiéndase, triunfa siempre, corre, vuela, llega: ha cumplido su mision; ha salvado el imperio de una formidable liga; ha fundado un gobierno. Ningun hombre de Estado de su vida política se ha visto sometido á pruebas mas duras; ninguno las ha soportado con mas valor. Se distinguía no por la dulzura sino por la calma. Nadie tuvo jamas inteligencia mas pronta y mas robusta; sin embargo, la paciencia con que soportó las mas crueles

gadas de ricas mercancías. Los telares de Benares fabricaban esas sedas finas y mórbidas que deslumbraban luego en los bailes de San James y del Petit Trianon: los bazares desplegaban profusamente á los atónitos ojos de los compradores las muselinas de Bengala, las cimitarras de Uda, las joyas de Golconda y los chales de Cachemira. Esta rica capital, y todo el país circunvecino, habia estado largo tiempo bajo el inmediato dominio de un príncipe indio, á quien el emperador consideraba como vasallo. En la época de la grande anarquía, los soberanos de Benares se declararon independientes de la corte de Dehli; pero no tardaron en verse sujetos á la autoridad del nabab de Uda. Oprimidos por aquel formidable vecino, invocaron la proteccion de los Ingleses, y la Compañía, al concedérsela, obtuvo del nabab-visir que le cediese, mediante un solemne tratado, sus derechos sobre Benares. Desde aquel día el radja, convertido en vasallo del gobierno de Bengala, reconoció su supremacia y pagó un tributo anual á las autoridades del Fuerte William. El príncipe reinante Scheite Sing habia observado puntualmente las obligaciones contraídas por sus antecesores.

Á la caída de la casa de Tamerlan hallóse la India en el mismo estado que la Europa al disolverse el imperio carlovingio. Las palabras *derecho constitucional* ó *derecho público* no podían tener allí significado alguno; la reciente ocupacion era el único título que alegaban los gobiernos; la soberanía verdadera estaba completamente separada en todas las provincias de la soberanía nominal. Desde el Himalaya hasta Misur, ningun príncipe lo era al mismo tiempo *de facto* y *de jure*; ninguno poseía juntamente los medios de hacerse temer de vecinos y de súbditos, y la autoridad moral que proviene de la ley y de una larga posesion. La sociedad antigua habia sido destruida y la nueva no se habia formado aun tiempo de transición, de oscuridad, de desórden.

Hastings vió el ventajoso partido que podia sacar de tal situacion de cosas un hombre de Estado tan hábil y poco escrupuloso como él. En todas las cuestiones internacionales podia elegir este el hecho y el derecho, debiendo siempre, ó sostener las pretensiones que le pluguiese hacer valer, ó rechazar las reclamaciones de sus adversarios. Sin duda los otros gobiernos podian tambien emplear en su favor los mismos sofismas; pero en las cuestiones de los soberanos ó de los pueblos, los sofismas no valen sino en cuanto se apoyan en un ejército.

Hastings por lo demas obraba siempre segun aquel principio tiránico: « El derecho del mas fuerte es siempre el mejor. » El gobierno inglés, como que era el mas fuerte en la India, podia, pues, hacer lo que mejor le acomodase.

Al principio habia convenido al gobierno inglés tratar á Scheite Sing como príncipe soberano: á la sazón, queriendo sacarle dinero, le convenia tratarle como súbdito. Un gobernador

ménos hábil que Hastings hubiera podido hallar fácilmente, en aquel caos general de leyes y de costumbres, argumentos á favor de todas las determinaciones posibles. Scheite Sing tenia inmensas rentas y pasaba por haber acumulado un tesoro. Hastings necesitaba sumas considerables. Ademas Scheite Sing pidió una vez auxilio á Francia y á Clavering; y Hastings, que perdonaba con dificultad una injuria, queria que la suerte de Scheite Sing sirviese de leccion á los principes vecinos. Estas dos razones principales le parecieron mas que suficientes para justificar su conducta. En 1778, cuando estalló la guerra entre Francia é Inglaterra, el radja de Benares recibió orden de pagar, ademas del tributo anual, una contribucion extraordinaria de 50,000 libras; al año siguiente soportó la misma necesidad; pero habiéndosele hecho la misma peticion en 1780, ofreció al gobernador general 20,000 libras con tal que no exigiese aquel impuesto exorbitante. Hastings aceptó esta suma y sus enemigos supusieron que tenia intencion de guardarla para sí. La verdad es que por algun tiempo nada dijo de este secreto tratado al consejo de Bengala ni á los directores de la Compañía; silencio que no explicó nunca de un modo satisfactorio. Sin embargo, habiéndole determinado un motivo desconocido á resistir á la tentacion, depositó en el tesoro del Estado las 20,000 libras recibidas, é intimó al radja que satisficiera inmediatamente las reclamaciones del gobierno inglés. El radja, segun costumbre de los suyos, usó de astucias, suplicó, se quejó de su pobreza; y Hastings le impuso una multa de 10,000 libras por la tardanza, y envió tropas para exigir el impuesto que se resistian á pagarle.

Finalmente, Scheite Sing consintió en lo que se le exigia; y sin embargo Hastings no se mostró aun satisfecho. Los últimos acontecimientos de la India Meridional habian aumentado los apuros rentísticos de la Compañía, y Hastings decidió despojar de todo al radja de Benares. Mas para poder tratar de culpado á su poderoso vasallo, necesitaba un pretexto; y el sistema que adoptó á fin de obtenerlo, fué obligarle con excesivas exigencias á una negativa, y castigarle por ello, confiscándole los bienes. En vano Scheite Sing le ofreció 200,000 libras esterlinas; Hastings queria medio millon; y mientras reclamaba imperiosamente el pago de esta suma, pensaba ya en vender el distrito de Benares á Uda, como habia vendido antes á Allahabad y Rohilcund. Semejante contrato no podia celebrarse sino en el mismo Benares, por lo cual se determinó á trasladarse á dicho punto. Scheite Sing acogió á su poderoso señor con todos los honores posibles; le salió á recibir con sus guardias á la distancia de sesenta millas; se mostró pesaroso y arrepentido de haberle causado el menor disgusto; hasta se quitó de la cabeza el turbante, colocándole sobre las rodillas de su huésped; señal en la

India de la mas profunda sumision, del mas humilde homenaje. Hastings observó, por el contrario, una fria y repugnante severidad; y apenas llegó á Benares, manifestó al radja las exigencias del gobierno de Bengala. El radja trató de justificarse de las acusaciones que se le hacian; pero Hastings, que queria dinero, no excusas, no se dejó sorprender por los amaños ordinarios de la diplomacia oriental, y mandando prender al radja, le entregó á dos compañías de cipayos para que le custodiasen.

Hizo mal, y no tardó en conocerlo. Hastings ignoraba sin duda que los Indios de las provincias superiores, en nada semejantes á los Bengaleses, son robustos y valientes. El radja era amado de sus súbditos; las preocupaciones nacionales y religiosas, tan generales en la India contra los Ingleses, ejercian una influencia particular sobre la metrópoli de la supersticion bramínica. En pocos instantes, las calles vecinas al palacio se vieron llenas de una multitud armada; el tumulto se convirtió en refriega y la refriega en mortandad. Los oficiales ingleses se defendieron desesperadamente de aquella muchedumbre furiosa que se aumentaba sin cesar, y murieron combatiendo como héroes. Los cipayos fueron degollados, las puertas del palacio derribadas. El preso, abandonado por sus carceleros durante el combate, descubrió una puerta que daba á la orilla del Ganges; y formándose una cuerda con los turbantes de sus criados, bajó hasta el borde del rio y embarcándose en una falúa, llegó salvo á la orilla opuesta.

Una imprudente violencia habia colocado á Hastings en difícil y peligrosa situacion; pero su acostumbrada habilidad y prontitud le sacó de ella. Ayudado solo de cincuenta de los suyos, y atacado por todas partes por los insurrectos, conservó sin embargo su natural firmeza. El radja, excusándose de su fuga, le hizo liberales promesas; pero ni aun se dignó responderle. Algunos hombres astutos y valerosos se encargaron de llevar á los alojamientos ingleses la noticia de lo acaecido. Los Indios acostumbran llevar grandes pendientes de oro, y cuando viajan se los quitan por temor á los ladrones, sustituyendo en su lugar pequeños rollos de papel, para impedir que la abertura se cierre. Hastings puso varias cartas en las orejas de aquellos mensajeros, dirigidas las mas de ellas á jefes de las tropas inglesas; en una calmaba las inquietudes de su mujer; en otra daba instrucciones al enviado que negociaba la paz con los Maratas. Desde aquel palacio, donde estaba asediado por una multitud furiosa, Hastings dirigia todos los negocios del Estado, con la misma frialdad que si estuviese sentado pacíficamente en su escritorio de Calcuta.

Pero los peligros que le amenazaban eran mayores cada dia. Uno de sus oficiales, mas valeroso que prudente, deseando distinguirse con un hecho brillante, atacó antes de tiempo á los insurrectos, apostados en la otra orilla del rio.

Sus soldados, rechazados hácia estrechos desfiladeros, perecieron casi todos, y él mismo cayó víctima de su temeridad. Este accidente produjo el efecto que causaban siempre en la India los desastres de los Europeos. Manifestóse de improviso extraordinaria agitacion en el circuito de cien millas. Toda la poblacion tomó las armas en el distrito de Benares, y los compesinos, abandonando sus trabajos, corrieron á defender al príncipe. El contagio se comunicó á Uda. Los infelices habitantes de aquella provincia, insurreccionándose contra el nabab-visir, se negaron á pagar los impuestos y expulsaron á los recaudadores. Tambien el Behar parecia á punto de rebelarse. Scheite Sing empezó á alimentar esperanzas de triunfo, y léjos de implorar humildemente el perdón de Hastings, habló como conquistador, amenazando, segun dicen, á los usurpadores blancos, con arrojarlos á todos de la India. Pero las tropas inglesas llegaban con afán y extraordinario entusiasmo en auxilio de su gobernador general. Los mandaba el mayor Popham, valiente militar, que se habia señalado en la guerra de los Maratas. El ejército indisciplinado del radja fué vencido desde el primer encuentro. En pocas horas, treinta mil soldados dejaron las banderas, y volvieron á sus faenas de costumbre. El infeliz príncipe salió del país para no volver mas á él, y desde aquel dia su hermoso reino se incorporó á las posesiones británicas. Es verdad que uno de sus parientes recibió el título de radja; pero como el nabab de Bengala, no debia ser mas que un simple pensionado.

Esta revolucion añadió 200,000 libras esterlinas á la renta anual de la Compañía; pero por entonces no produjo las ventajas que se esperaban: el tesoro de Scheite Sing, que se creía importaba 1.000,000, no subia mas que á 250,000 libras esterlinas, y el gobernador general se vió obligado á distribuirlo todo al ejército.

El éxito de la expedicion de Benares hizo á Hastings mas exigente respecto de Uda, que se hallaba en iguales circunstancias. Sudya-Dulah habia muerto hacia tiempo. Su hijo sucesor Asaf-al-Dulah, el mas débil y vicioso príncipe de Oriente, descendió poco á poco de soberano independiente á vasallo de la Compañía. Para librarse de los ataques de los vecinos que despreciaban su cobardía, ó de la venganza de sus súbditos que detestaban su tiranía, invocó el socorro de una brigada de tropas inglesas, obligándose á pagarlas, vestirlas y mantenerlas. Desde entonces perdió la independendencia, y en vano trató de reparar el yerro cometido. Hastings se negó á retirar las tropas, so pretexto de que Uda, en ese caso, entregada á la anarquía, seria víctima de los Maratas. Proponíase, por lo demas, trasladarse pronto á Luknow, para arreglar este asunto con Asaf-al-Dulah; pero el nabab-visir salió con una corta comitiva á recibir al gobernador general, y se abocaron en una fortaleza sobre la cúspide de las escarpadas